

La pastora y el deshollinador

¿Habéis visto alguna vez un armario antiquísimo, ennegrecido por el tiempo y adornado con volutas y hojas talladas? Pues bien, un armario así —herencia de la tatarabuela— se alzaba en el salón. Estaba todo cubierto de tallas: rosas, tulipanes y las más caprichosas volutas. Entre ellas asomaban cabecitas de ciervo con astas ramificadas, y en el mismo centro estaba tallada, a tamaño natural, una figurita humana. No era posible mirarla sin reír, y además ella misma sonreía de oreja a oreja; tal mueca no podía llamarse sonrisa. Tenía patas de cabra, pequeños cuernos en la frente y una larga barba. Los niños lo llamaban ober-unter-general-crigscomisario-sargento Cabrapatas, porque pronunciar semejante nombre resultaba difícil y tal título no se concede a muchos. Por lo demás, tallar una figura así tampoco es fácil, pero, en fin, la tallaron. La figurita miraba constantemente hacia la consola bajo el espejo, donde se hallaba una graciosa pastorcita de porcelana. Zapatos dorados, una falda graciosamente recogida con una rosa púrpura, un sombrerito dorado sobre la cabeza y un cayado de pastor en la mano: ¡acaso no era una belleza! Junto a ella estaba un pequeño deshollinador, negro como el carbón, pero también de porcelana y tan limpio y adorable como todos los demás. Después de todo, solo representaba a un deshollinador, y el artesano bien podría haberlo hecho príncipe: ¡da lo mismo!

Se mantenía con gracia, con una escalera en las manos, y su rostro era blanco y rosado, como el de una niña, lo cual era algo incorrecto; podría haber estado más tiznado. Estaba muy cerca de la pastorcita: tal como los colocaron, así permanecían. Y siendo así, decidieron comprometerse. Formaban una pareja admirable: ambos jóvenes, ambos del mismo material, la porcelana, y ambos igualmente frágiles.

Justo al lado había otra muñeca, tres veces más alta que ellos: un viejo chino capaz de asentir con la cabeza. También era de porcelana y se declaraba abuelo de la pequeña pastorcita, aunque le faltaban pruebas para ello. Afirmaba que ella debía obedecerle, y por eso asentía con la cabeza ante el ober-unter-general-crigscomisario-sargento Cabrapatas, quien pretendía casarse con la pastorcita.

—¡Tendrás un buen marido! —dijo el viejo chino—. Parece incluso de caoba. Con él serás la ober-unter-general-crigscomisaria-sargenta Cabrapatas. Posee un armario entero de plata, sin contar lo que guarda en los cajones secretos.

—¡No quiero ir a un armario oscuro! —respondió la pastorcita—. Dicen que allí tiene once esposas de porcelana.

—¡Pues serás la duodécima! —dijo el chino—. Esta noche, en cuanto el viejo armario empiece a crujir, celebraremos vuestra boda; ¡si no, que deje yo de ser chino!

Entonces asintió con la cabeza y se durmió.

La pastorcita echó a llorar y, mirando a su querido deshollinador de porcelana, dijo:

—Te ruego que huyamos conmigo, adonde sea que nos lleven los ojos. Aquí no podemos quedarnos.

—¡Por ti estoy dispuesto a todo! —respondió el deshollinador—. ¡Vámonos ahora mismo! Sin duda sabré sustentarte con mi oficio.

—¡Solo lograr bajar de la mesa! —dijo ella—. No respiraré tranquila hasta que estemos muy, muy lejos.

El deshollinador la calmaba y le indicaba dónde convenía posar su piececito de porcelana, sobre qué saliente o voluta dorada. Su escalera también les prestó un buen servicio, y al fin lograron bajar sanos y salvos al suelo. Pero, al mirar hacia el viejo armario, vieron allí un terrible alboroto. Los ciervos tallados estiraban sus cabezas hacia adelante, exhibían sus astas y las movían en todas direcciones, mientras el ober-unter-general-crigscomisario-sargento Cabrapatas daba un gran salto y gritaba al viejo chino:

—¡Se escapan! ¡Se escapan!

La pastorcita y el deshollinador se asustaron y se deslizaron rápidamente hacia el cajón del alféizar.

Allí yacían barajas de cartas dispersas, y había instalado a medias un teatrillo de marionetas. En el escenario se representaba una función.

Todas las damas —de oros, copas, bastos y espadas— estaban sentadas en la primera fila, abanicándose con tulipanes, mientras detrás de ellas los sotas procuraban demostrar que también ellos tenían dos cabezas, como todas las figuras de las cartas. La obra representaba los sufrimientos de una pareja enamorada separada, y la pastorcita rompió a llorar: aquello le recordaba demasiado su propio destino.

—¡Ya no puedo más! —dijo al deshollinador—. ¡Vámonos de aquí!

Pero cuando estuvieron de nuevo en el suelo y miraron hacia su mesita, vieron que el viejo chino se había despertado y se balanceaba con todo el cuerpo, pues en su interior rodaba una bolita de plomo.

—¡Ay, el viejo chino nos persigue! —exclamó la pastorcita y, desesperada, cayó de rodillas sobre sus piernas de porcelana.

—¡Espera! ¡Ya lo tengo! —dijo el deshollinador—. ¿Ves allí, en el rincón, ese gran jarrón con hierbas y flores secas y aromáticas? ¡Ocultémonos en él! Tendremos entre pétalos de rosa y lavanda, y si el chino logra alcanzarnos, le cegaremos los ojos con sal.

—¡De eso no saldrá nada! —dijo la pastorcita—. Sé que el chino y el jarrón estuvieron una vez prometidos, y de una antigua amistad siempre queda algo. No, solo nos queda un camino: lanzarnos por el mundo entero.

—¿Y tendrás valor para ello? —preguntó el deshollinador—. ¿Has pensado cuán grande es el mundo? ¿Has pensado que jamás podremos volver atrás?

—¡Sí, sí! —respondió ella.

El deshollinador la miró fijamente y dijo:

—Mi camino pasa por la chimenea. ¿Tendrás el valor de meterte conmigo en la estufa y luego en el conducto del humo? Allí ya sé qué hacer. Subiremos tan alto que nadie podrá alcanzarnos. Allá arriba, en lo más alto, hay un agujero por el que podremos salir a la luz del día.

Y la condujo hacia la estufa.

—¡Qué oscuro es esto! —dijo ella, pero aun así trepó tras él, primero dentro de la estufa y luego por el conducto del humo, donde reinaba una oscuridad tan densa que no se veía ni un palmo delante.

—¡Bueno, ya estamos en la chimenea! —dijo el deshollinador—. ¡Mira, mira! Justo encima de nosotros brilla una estrella maravillosa.

En el cielo, efectivamente, brillaba una estrella, como si les señalara el camino. Y ellos subían, trepaban por aquel terrible sendero cada vez más alto. Pero el deshollinador sostenía a la pastorcita y le indicaba dónde le convenía apoyar sus piecitos de porcelana. Finalmente llegaron hasta lo más alto y se sentaron a descansar al borde de la chimenea; estaban muy cansados, y no era de extrañar.

Sobre ellos se extendía un cielo sembrado de estrellas; bajo ellos, todos los tejados de la ciudad, y alrededor, en todas direcciones, tanto en anchura como en

profundidad, se desplegaba el mundo libre. La pobre pastorcita jamás imaginó que el mundo fuera tan vasto. Incluyó su cabecita sobre el hombro del deshollinador y lloró con tanta fuerza que las lágrimas borraron todo el dorado de su cinturón.

—¡Esto es demasiado para mí! —dijo la pastorcita—. ¡No puedo soportarlo! El mundo es demasiado grande. ¡Ah, cómo quisiera volver a la consola bajo el espejo! No tendré ni un instante de tranquilidad hasta que regrese allí. Te seguí hasta el fin del mundo, y ahora, si me amas, acompáñame de vuelta a casa.

El deshollinador intentó hacerla entrar en razón, le recordó al viejo chino y al ober-unter-general-crigscomisario-sargento Cabrapatas, pero ella solo sollozaba inconsolable y besaba a su deshollinador. No hubo más remedio que ceder, aunque fuera poco sensato.

Así que descendieron de nuevo por la chimenea. ¡No fue fácil! Una vez de nuevo dentro de la oscura estufa, permanecieron un momento junto a la puerta, escuchando lo que ocurría en la habitación. Todo estaba en silencio, y asomaron la cabeza fuera de la estufa. ¡Ay, el viejo chino yacía en el suelo: persiguiéndolos, había caído de la mesita y se había hecho pedazos en tres partes. La espalda se desprendió por completo, la cabeza rodó hasta un rincón. El ober-unter-general-crigscomisario-sargento permanecía, como siempre, en su lugar, sumido en reflexiones.

—¡Qué horror! —exclamó la pastorcita—. ¡El viejo abuelo se ha roto, y nosotros tenemos la culpa! ¡Ah, no podré sobrevivir a esto!

Y se torció sus diminutas manitas.

—¡Aún pueden arreglarlo! —dijo el deshollinador—. ¡Se le puede arreglar perfectamente! Solo no te alteres. Le pegarán la espalda y le clavarán un buen remache en la nuca, y quedará como nuevo, capaz de decirnos montones de cosas desagradables.

—¿Lo crees? —dijo la pastorcita.

Y volvieron a trepar hasta su mesita.

—¡Cuán lejos hemos llegado tú y yo! —dijo el deshollinador—. ¡No valía la pena el esfuerzo!

—¡Solo que arreglen al abuelo! —dijo la pastorcita—. ¿O será muy costoso?...

Al abuelo lo arreglaron: le pegaron la espalda y le clavaron un buen remache en la nuca. Quedó como nuevo, solo que dejó de asentir con la cabeza.

—¡Parece que os habéis vuelto algo orgullosos desde que os rompisteis! —le dijo el ober-unter-general-crigscomisario-sargento Cabrapatas—. ¿Pero por qué sería? Bueno, ¿me entregaréis a la nieta?

El deshollinador y la pastorcita miraron suplicantes al viejo chino: temían tanto que asintiera. Pero él ya no podía asentir.

Y explicar a los extraños que tienes un remache en la nuca tampoco es gran alegría. Así quedó la pareja de porcelana inseparable. La pastora y el deshollinador bendecían el remache del abuelo y se amaban el uno al otro, hasta que se rompieron.